

www.elboomeran.com

Thomas Wolfe
EL VIEJO RIVERS

TRADUCCIÓN DE JUAN CÁRDENAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2016

TÍTULO ORIGINAL: *Old Man Rivers*

© de la traducción, Juan Cárdenas, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

BIC: FA

ISBN: 978-84-16291-41-0

DEPÓSITO LEGAL: CC-363-2016

IMPRESIÓN: KADMOS

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

EL VIEJO RIVERS

El viejo Rivers despertó por la mañana y entre los primeros objetos que sus ojos distinguieron había dos grandes y extraordinarias fotografías enfrentadas la una a la otra encima de su enorme cajonera, separadas por el peso de un cepillo y un peine bañados en plata. Era una buena disposición de las cosas: cada una de las dos espléndidas fotos dominaba su propia mitad de la cajonera como un toro en su pastizal, y la opaca solidez, el brillo del peine y el cepillo parecían proporcionar a cada una el «marco» justo, la clase de orgullosa separación que cada cual se merecía. En cierto modo, daba la impresión de que las dos espléndidas fotografías se miraban mutuamente con la actitud desafiante y belicosa de dos toros bravos: alguien de esta generación capaz de recordar los anuncios del Toro Durham de hace veinte años podría hacerse una idea: una cerca de tres listones, el pasto, el bravo semen-

tal con su poderoso cuello erguido, el fuego destellando en sus ojos y la noble furia de su portentosa presencia que su morro exhalaba en forma de humo, como diciendo con total claridad, mejor que si utilizara cualquier palabra: «¡Aquí estoy y aquí me quedo! ¡Este lado de la cerca es mío! ¡Fuera de aquí!».

Más que ver, el viejo Rivers presintió estas cosas cuando abrió los ojos. Ya no veía con la misma claridad que antes. Las cosas no llegaban hasta él cada mañana como solían hacerlo. Tampoco podía despertarse con la misma facilidad, ya no podía despertarse de inmediato, «de un salto», como antaño. Por el contrario, sus ojos viejos, cansados, marchitos, algo legañosos, se abrían lentos, pegajosos, y por un momento sondeaban los fenómenos del universo material con una expresión cansada, triste, vaga y olvidadiza.

Poco después, consiguió espabilarse y se levantó. Lo hizo muy despacio, con un hondo resuello, y al inclinarse para buscar sus pantuflas dejó escapar un gruñido de dolor. Era un anciano corpulento, tenía la figura de alguien que alguna vez había sido un hombre de buena talla, huesos fuertes, manos grandes, anchos hombros y fuertes músculos, y cuya corpulencia había menguado hasta quedar reducida a una pesantez flácida y mórbida: los hombros redondos y caídos, las piernas delgadas,

la barriga fofa, un hombre corpulento que ha envejecido. Le llevó mucho tiempo asearse, mucho tiempo mirar su viejo y triste rostro en el espejo, su rostro con los pómulos bien marcados, las cuencas de los ojos hundidos, los dispersos y largos pelos del bigote, los dispersos y largos pelos de la barba que, junto a la sensualidad de sus labios completamente rojos y sus ojos amarillentos y cansados, otorgaban cierta distinción al aspecto del señor Rivers, una apariencia no del todo ajena a la de un chino mandarín.

También le llevó mucho tiempo afeitarse, completar la minuciosa labor en los bordes de aquel largo y disperso bigote, en aquella barba escasa de mandarín a la que debía en gran parte su aspecto distinguido.

Se afeitaba directamente con una navaja, por supuesto. Como solía decir, no estaba dispuesto a usar «uno de esos raros artilugios de afeitado seguro», por mucho que le regalaran *la fábrica entera*. Aunque lo cierto es que había empezado a temer a su vieja navaja, la misma que tiempo atrás fuera su gran amiga. Ahora sus viejas manos temblaban y en más de una ocasión se había cortado de mala manera. El afeitado se había convertido para él en una lenta y peligrosa tarea.

Sin embargo, se sintió mejor al terminar de afeitarse y, sobre todo, después de beberse cuatro de-

dos de whisky puro: a él que no le vinieran con esos *bromo seltzers*, aspirinas o tabletas de soda o cualquier otro remedio de matasanos; después de una noche de cócteles clásicos y champán no había nada como un buen trago de whisky a palo seco para enderezar a un caballero.

Calentado por el licor y con una primera chispa de vida en los ojos, el señor Rivers terminó de vestirse sin mayores dificultades.

Entre gruñidos se puso los pesados calzoncillos de lana y la camiseta, maniobró con dedos temblorosos para abrocharse los gemelos y abotonarse la camisa limpia, gruñó cuando se inclinó para ponerse los calcetines y, ya sin mucho esfuerzo, se puso los pantalones, aunque le costó lo suyo calzarse los zapatos. Vaya si le costó agacharse y atarse los cordones, pero de ningún modo iba a permitir que nadie lo hiciera por él. ¡Caray! ¡Mientras pudiera mover un solo músculo no permitiría nada semejante!

Lo peor había pasado ya. Completamente vestido, excepto por el abrigo, el chaleco y el cuello de la camisa, se paró delante del armario, se abrochó su cuello de paloma y al fin, con dedos titubeantes y mucho esmero, logró hacerse el nudo del pañuelo. A continuación se peinó su escaso pelo con el pesado cepillo de plata mientras miraba satisfecho las dos espléndidas fotografías.